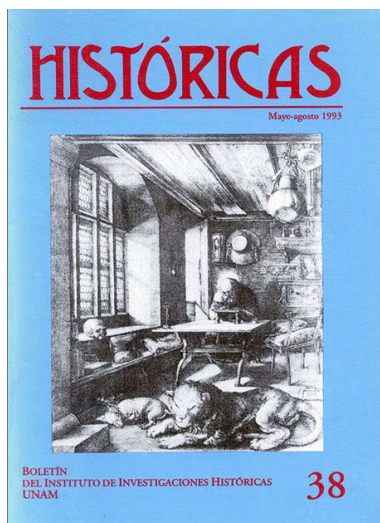




Artículo: María Vargas-Lobsinger, Formación y decadencia de una fortuna . Los mayorazgos de san Miguel de Aguayo y de San Pedro del Álamo . 1583-1823 . México , Universidad Nacional Autónoma de México , Instituto de Investigaciones Históricas

Autor(es): Tortolero Villaseñor, Alejandro

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 38

Año: 1993

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Tortolero Villaseñor, Alejandro. "María Vargas-Lobsinger, Formación y decadencia de una fortuna . Los mayorazgos de san Miguel de Aguayo y de San Pedro del Álamo . 1583-1823 . México , Universidad Nacional Autónoma de México , Instituto de Investigaciones Históricas" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 38 (1993): p. 36-39. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3815>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

❑ RESEÑAS

María Vargas-Lobsinger, *Formación y decadencia de una fortuna. Los mayorazgos de San Miguel de Aguayo y de San Pedro del Álamo, 1583-1823*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, 240 p. (Serie Historia Novohispana/48)

La gente del norte de México solía contar un pequeño relato que ilustraba la imagen que el Porfirismo y sus próceres habían forjado con grandes esfuerzos acerca de aquellas regiones. Cuentan que en otros tiempos se hallaba Cristo por la tierra, recorriéndola, repartiendo los dones del mundo. Un cierto día, cansado, asoleado y terregoso andaba por allá, caminando por el Cerro de la Bufa. Llegando hasta las faldas del cerro, se reclinó en ellas para descansar y pensativo volvió hacia el sur, levantó la mano señalándolo y dijo: "Dios y hombres". Dicho eso, descansó un poco, y como para no dejar sin terminar su tarea levantó la mano hacia el norte, miró hacia la inmensa lejanía plana y dijo: "pasto y animales".¹

El norte, en esta representación, era el desierto; el centro, en cambio, el lugar de gracia, donde los esfuerzos porfiristas se traducían en progreso, orden y civilización. El libro que comentaremos a continuación se ubica precisamente en este árido norte, lugar de pasto y animales, de plantas cactáceas, serpientes, coyotes, indios nómadas y, desde luego, con su contra parte de misioneros, soldados, hombres fuertes, violentos y ganaderos.

En este norte árido, desértico (y recordemos que toda región lejana, despoblada y poco accesible es un desierto), María Vargas-Lobsinger convierte la aridez de la geografía y, por qué no decirlo también, la de los archivos en un relato detallado

y bien estructurado, donde la explicación de cómo se formó y cómo se desintegró la fortuna de los marqueses de San Miguel de Aguayo y de San Pedro del Álamo es el hilo conductor del estudio. En este sentido, la autora responde a una de las preguntas claves de la historia social. Al respecto y como señalaba Pierre Vilar: "no basta con estudiar la riqueza y la pobreza, sino el enriquecimiento y el empobrecimiento —con sus mecanismos— que son los grandes problemas de la historia social".

La autora se pregunta, entonces, ¿por qué esas enormes extensiones de tierra, inalienables e indivisibles, no pudieron sostener con holgura a una de las familias más antiguas y mejor establecidas del virreinato? y en segundo lugar ¿cómo se consumió y dilapidó el capital heredado?

Para responder a sus interrogantes organiza su trabajo en cinco partes. En la primera estudia la formación de las fortunas y la fundación de los mayorazgos. Aquí la autora nos relata, con un manejo documental impecable, los avatares de esos hombres que tuvieron que vivir en territorios de frontera, arriesgando sus energías y su vida en la defensa contra las tribus nómadas y en la organización de actividades productivas. Allí está la narración de la vida de Francisco de Urdiñola, quien llega a Nueva España hacia 1572 y es a la vez soldado, repartidor de tierras, pacificador de

¹ Tomado de Chantal Cramausell y Salvador Álvarez, *La creación de un espacio político simbólico: la conquista de la Nueva Vizcaya*, México, tesis de licenciatura presentada en la ENAH, 1982 (no publicada).

Saltillo, Parras y Mazapil, gobernador de Nueva Vizcaya y formador de un latifundio ganadero cuya extensión de 60 000 km², será la base de la riqueza familiar por más de dos siglos y medio. Como lo señalaba Chevalier, son "los señores de ganados", hombres ricos y poderosos y baluarte en la frontera. Los descendientes de Francisco de Urdiñola formarán primero el Mayorazgo de San Miguel de Aguayo en España, hacia 1683, como símbolo de distinción y de prestigio y como solución al desmembramiento de una fortuna entre muchos herederos, y después, en 1734, vinculan sus haciendas de Coahuila a un segundo mayorazgo.

Por su parte, el Mayorazgo de San Pedro del Álamo sería fundado en 1735 con base en las propiedades de la familia Sánchez de Tagle. Aquí otra vez nos encontramos con señores poderosos aunque ahora no de ganados, sino banqueros de plata, vivo retrato de la élite que ya antes ha retratado John Kicza: con una riqueza sin paralelos, con una gran diversidad en las inversiones y en los negocios, con grandes títulos y honores recibidos, con vínculos estrechos con la administración civil y eclesiástica, etcétera. Allí tenemos la riqueza de Luis Sánchez de Tagle, quien a su muerte, en 1710, ha creado una fortuna de 2 079 861 pesos en activo, con un pasivo de 1 156 634 pesos. En la base de esta enorme riqueza está un banco de plata donde hay aportaciones de particulares y eclesiásticos, quienes sin más garantía de depósito que el capital mercantil del dueño y su prestigio personal (capitán de infantería, prior del consulado de comerciantes, caballero de la orden de Alcántara y tantos otros títulos) invierten su dinero en el banco. A partir de allí, sus descendientes adquieren fincas rústicas, como las Haciendas de San José del Bravo, Santa Ana Pacueco y San Pedro del Álamo. Esta última está formada por 101 sitios de ganado mayor y 80 000 ovejas y será la base del mayorazgo creado en 1735 por Francisco de Valdivielso.

Los dos mayorazgos se unen con la boda en 1735 del conde Francisco de Valdivielso y la

marquesa María Josefa de Echevers, y éste es el cenit de la fortuna familiar, con sus dos pilares en el negocio de la plata y en el latifundio. El activo familiar se calcula hacia 1750 en 4 200 000 pesos: ¡una enorme fortuna!

En la segunda parte se analiza la fuente de riqueza constituida por las haciendas ganaderas. Aquí la autora nos invita a entrar a las haciendas de San Francisco de los Patos y de Santa Ma. de las Parras, abriendo la puerta de sus inventarios. Con ellos nos describe las haciendas, sus tierras (6 millones de ha), sus ganados (doscientas mil cabezas), su tienda, su mobiliario (esencialmente de madera), su biblioteca (no sólo de libros de moral y santos sino de historia de España, literatura, arquitectura, agricultura), y sus trabajadores. Aquí fui sensible al manejo de una fuente preciosa, los informes de los administradores de San Pedro del Álamo entre 1768 y 1809, que logran dar movimiento a las imágenes fijas que presentan los inventarios. Con ellos la autora nos muestra que las haciendas fueron un negocio productivo con utilidades totales en el periodo de 17 627 pesos anuales, y que la clave del negocio era el mercado cautivo que ofrecían sus trabajadores. Un dato revelador sobre este punto es el hecho que el endeudamiento de los trabajadores (90 702 pesos) sobrepasa en importancia a las obras de irrigación (84 747 pesos), que eran fundamentales en una economía donde el agua era escasa.

En la tercera y cuarta partes, la autora analiza la desintegración de las fortunas y el análisis del financiamiento de la deuda. Allí nos demuestra cómo un creciente endeudamiento, motivado por una mala administración del general Sánchez de Tagle (1751-1779) y por crecientes gastos personales (mientras que la élite de la época gastaba entre 5 y 10 mil pesos anuales, los marqueses gastan 20 mil), están en el centro de la desintegración de la fortuna. Una solución en la época para paliar el infortunio lo eran los enlaces matrimoniales, pero hasta en este punto los matrimonios familiares "no aportan dinero, ni títulos que la alcurnia de los dos mayorazgos y sus vastas hacien-

das pudieran haber traído" (p. 84). Así, una mala administración, una vida de despilfarro y fallidas estrategias matrimoniales inciden en la desintegración. Durante el periodo de 1780 a 1815, el marqués Pedro Ignacio de Echevers se hace administrador y patriarca y, aunque los ingresos familiares mejoran a causa de una mejor administración y de un aumento en la venta de productos, los gastos particulares (ahora más de cuarenta mil pesos anuales) se constituyen en la explicación de una nave que graciosamente la autora dice "va al garete". En sus palabras: "las acusaciones que se han hecho acerca de la incompetencia y el despilfarro de la aristocracia, en este caso parecen bien fundadas".

En la quinta parte, la autora analiza la crisis y la quiebra familiar. Después de haber preparado el terreno con ricos argumentos, ahora se nos muestra cómo incide la política de consolidación de vales reales en la familia del marqués. Entre toda la élite novohispana, éste tenía la deuda más cuantiosa con la iglesia: 922 069 pesos reconocidos a obras pías. Y aunque los pagos que tienen que hacer por los vales reales no son más que 34 000 pesos, en realidad el problema mayor es que ahora se ve impedido de obtener nuevos préstamos: "lo más devastador para la mayoría de los agricultores fue la imposibilidad de obtener nuevos préstamos" (p. 179). Entre 1806 y 1815 no volvieron a obtener ningún préstamo a largo plazo y en 1815 el marqués cede sus bienes a sus acreedores.

Ésta es pues la historia de la formación y la decadencia de una fortuna que, como la autora señala, es una historia particular enmarcada en una realidad social. Pero aquí nos parece importante señalar cómo estas historias particulares pueden incidir en la historia de una región o de un país. Varios problemas particulares pueden mostrarnos también un panorama general. Veamos tres ejemplos.

El primero trata sobre el escaso valor de las tierras en lugares donde este recurso es prácticamente ilimitado. La autora menciona que "la

diferencia entre el valor de las tierras con agua y la de agostadero era enorme. Mientras una caballería de tierra (43 ha) se estimaba entre 300 y 1 000 pesos, un sitio de agostadero (1 755 ha) tenía un valor promedio de sólo 125 pesos" (p. 69). Aquí entonces cabe señalar que en lugares con oferta ilimitada de tierras, ésta casi no tiene ningún valor y en cambio otros recursos como el agua, los ganados, las plantas o los trabajadores son en realidad los elementos que dan valor a las tierras.

Una muestra de esta situación es cuando a fines del siglo XVIII las reformas borbónicas prevén la formación de nuevas poblaciones, y con este fin se establecen los pueblos de Baján y Cuatro Ciénegas, en tierras del marqués. Éste reclama el despojo que se le hace y finalmente acepta ceder las tierras, "en obsequio de su majestad", pero no el agua ubicada en el poblado de Cuatro Ciénegas (p. 155).

El segundo ejemplo trata sobre lo productivo de las haciendas mexicanas. La leyenda negra del porfiriato establecía como una de las causas del deterioro económico al sistema agrícola organizado en grandes haciendas. Sin embargo, en este trabajo la autora nos muestra que, durante el periodo donde obtiene datos contables, las haciendas de los marqueses fueron un negocio productivo durante los 65 años que van de 1750 a 1815, arrojando utilidades con promedio anual de 52 186 pesos entre 1750 y 1779 y de 67 137 pesos entre 1780 y 1815.

Estas utilidades calculadas sobre el valor de las propiedades rústicas representan un 3.5 por ciento de utilidad bruta durante el periodo, según los cálculos realizados por la autora, y aunque no es ni con mucho la rentabilidad de una hacienda como Jalpa con el 6 por ciento, sí puede considerarse como una rentabilidad media.

En cambio, las minas se traducen en fuertes pérdidas para la familia, con un saldo deudor de 176 291 pesos, que contribuyen a desencadenar la crisis financiera.

El tercer ejemplo trata sobre los costos del

colonialismo español. John Coatsworth (1990) ha señalado que el colonialismo español no fue un obstáculo para el desarrollo de la economía mexicana en la colonia tardía. De acuerdo con sus cifras, la carga colonial promedio entre 1797 y 1820 sobre México fue de 17.3 millones de pesos anuales, lo que corresponde aproximadamente al 7.2 por ciento de su PNB. Ser súbdito español costaba tres pesos *per capita* a principios del siglo XIX, mientras que ser súbdito británico costaba 30 centavos. Aunque la diferencia es notable, el autor afirma que, si añadimos estos tres pesos al ingreso mexicano *per capita*, aún quedaría en menos de la mitad del de los Estados Unidos. Éste no es pues el origen del atraso mexicano.²

Sin embargo, Enrique Cárdenas ha manifestado su desacuerdo con esta tesis, afirmando que la extracción neta del 7.2 por ciento del PNB es increíblemente alta si se toma en cuenta, como lo hace Rostow, que un aumento en la tasa nacional de inversión de aproximadamente 5 al 10 por ciento del ingreso nacional es la condición para el despegue de un crecimiento sostenido.³

En el caso de los marqueses hemos visto cómo la situación de tener que hacer frente a la política de consolidación de vales reales está en el centro de su crisis, debido no tanto a la incapacidad de pagar sino a la incapacidad de adquirir nuevos créditos. Por tanto, aquí los efectos derivados de los costos del colonialismo español quizás sean decisivos en la quiebra definitiva del patrimonio familiar.

Éstos y muchos otros temas que ahora no abordamos por razones de espacio, hacen que el libro de María Vargas-Lobsinger se convierta en una historia particular que puede contribuir, como lo manifiesta la autora, a construir la historia de una región o de un país y que, en mi caso, me ayudó a comprender mejor esa región lejana, despoblada y poco accesible (un desierto), donde hemos visto que no sólo existen "pasto y animales", sino que los hombres, sus empresas y fortunas también son actores principales.

Alejandro Tortolero Villaseñor
UAM-Iztapalapa

² John Coatsworth, *Los orígenes del atraso. Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.

³ Enrique Cárdenas, "Algunas cuestiones sobre la depresión mexicana del siglo XIX", *HISLA. Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social*, n. 3, 1985, p. 3-22.